

Juan Bautista Aguado Tordable

**SAN LUIS GUANELLA
CORAZÓN DE PADRE**



LIBROS DE BOLSILLO DON GUANELLA - 1



Editrice Nuove Frontiere
Roma 2011

Juan Bautista Aguado Tordable

**SAN LUIS GUANELLA
CORAZÓN DE PADRE**

LIBROS DE BOLSILLO DON GUANELLA - 1



Editrice Nuove Frontiere
Roma 2011

En portada: *El Buen Samaritano.*
Dibujo de A. Vismara en la Casa Divina Providencia de Como

“San Luis Guanella - Corazón de Padre”

Fotos: Adriano Folonaro

© Copyright 2011

2ª Edición: septiembre 2011

Editrice Nuove Frontiere
Provincia Italiana della Congregazione dei Servi della Carità
Opera don Guanella s.a.s.
Vicolo Clementi 41, 00148 Roma
tel. 06.6575311 - fax 06.65753126
Internet <http://www.guanelliani.org>
Email: nuovefrontiere@guanelliani.it

ISBN: 978-88-7501-080-5



San Luis Guanella
(1842 - 1915)

Año 1892: en el principio era el caos

S or Rosa iba de un lado para otro refunfuñando; pidiendo, exigiendo orden y concierto.

En un viejo caserón de Como (Norte de Italia), todo era confusión: un grupo de *buonifigli* (ya se dirá quiénes son éstos) pedían mil y una atenciones. Los ancianos contaban sus guerras, y algunos, sus amores. Al mismo tiempo, los escolares canturreaban aquello de 5 x 1 es 5; 5 x 2, 10; las novicias entonaban lo mejor que podían el “Pange lingua”. Los pobres llamaban pidiendo un plato de sopa y los ricos llegaban para hacer un poco de caridad. Y, cómo no, factura en mano, el albañil y el panadero y el tendero exigían que se les pagase, “pero ya”. En medio de esta barahúnda, el buen Luis Guanella rezaba un avemaría o jugaba a las cartas con algún anciano.



*Vista
de Fraciscio*

Sor Rosa tenía razón. Sólo ella parecía ser consciente de este aire de catástrofe. Multiplicaba sus esfuerzos, pero “cuando teníamos pan para todos, faltaban platos y, cuando ya teníamos platos, faltaba el pan”. ¡Y eso sí que era lo peor!

- Esto es el caos -gritó sor Rosa, encolerizada.

- Sí -dijo Luis, haciendo chiste-, esto parece el arca de Noé.

La ocurrencia pareció graciosa a todo el mundo. La casa de Como sería conocida a finales del siglo XIX con el nombre del “Arca de Noé”.

Al principio era el caos. Y ahora, gracias a Dios, un siglo después, las múltiples casas de don Guanella, presentes en 21 naciones y 4 continentes, siguen siendo un maravilloso caos y un armonioso desorden.

Pero ¿quién fue el iniciador de este estilo “arca-de-Noé”? ¿Quién era este cura medio loco, medio cuerdo? Vayamos a sus raíces porque el torrente Rabbiosa sabe mucho de su infancia. ■

I. ¡Qué verde era mi valle!



*Valle Rabbiosa.
Al fondo,
el pico Stella*

El valle era verde. Las montañas del fondo, de nieves perpetuas. El riachuelo, cristalino en los remansos y lechoso en el torrente Rabbiosa (compañero y juguete de Luisito). El cielo, límpido y azul y ensoñador. Y además, por si fuera poco, pajarillos saltando de una rama a otra, abetos enhiestos, plateadas estrellas alpinas. ¿Postal turística, por tanto? Sí, por supuesto.

Sin embargo, este paisaje, que Luisito contempló cuando abrió sus ojos por primera vez, compartía existencia con una realidad más prosaica: valle ingrato y poco fecundo, vacas que hay que pastorear, heno que recoger, leña que cortar, y una inmensa familia.

Que cada nuevo hijo trae un pan bajo el brazo, ya se sabe, pero este pan, a veces, hay que echarlo en remojo, porque es algo duro y, sobre todo, hay que compartirlo con todos.

En el hogar del señor Lorenzo y de la señora María viene a nacer Luis, un 19 de diciembre de 1842.

El pueblo: Fraciscio, en la Italia del Norte -al pie de los Alpes-, rozando con la frontera suiza. El día en que nació Luis, ocho hermanos correteaban ya por la casa, y la cigüeña visitaría aún cuatro veces el hogar de los Guanella.

El buen señor Lorenzo era, por entonces, alcalde del lugar. Se le tenía un poco por sabio, al estilo de Salomón, que dirimía las cuestiones no con la ley, sino con el corazón en la mano, y que, cuando surgían problemas en el pueblo, sentenciaba: “Hay que tener conciencia”. Y los litigantes se iban con la cabeza gacha y los corazones levantados.

La señora María era toda dulzura. Era la “mamma” italiana que hace que los hijos se mantengan unidos, que crezcan sanos y sean generosos.

Papá Lorenzo, severo, austero, exigente, caritativo, se encargaba de reunir a los hijos alrededor del fuego en las largas noches invernales para contarles, a modo de fábulas, las proezas de Moisés, de Abraham, de David, y las maravillas de Jesús, de ese Jesús que se apiadaba de los pobres y hambrientos, y que,

en más de una ocasión, había dado de comer a multitudes.

- ¿A más gente que todo Fraciscio, reunido por la fiesta de San Roque?

- A mucha más... ■

*Fraciscio.
Casa natal de
Luis Guanella*



II. Panes de barro, polenta de arena



*Papá Lorenzo
Guanella e
Mamá María
Bianchi*

... **Y** entonces -contaba el señor Lorenzo- Jesús, que era bueno como bueno es el pan recién sacado del horno a la mesa del domingo, se apiadó de los hambrientos y les dio de comer. Sólo tenía cinco panes, pero supo multiplicarlos.”

*Fraciscio.
Monumento
delante
de la casa de
Luis Guanella.
Autor:
A. Vismara*



“Recuerdo -contará muchas veces Luis- que al día siguiente de escuchar este relato, mi hermana Catalina y yo nos fuimos a hacer panes de barro y polenta de arena. Y nos decíamos: de mayores haremos los panes de trigo y la polenta de maíz (plato humilde de los montañeses), y se los daremos a los pobres.”

Luis no tenía que abrir mucho los ojos para ver la pobreza a su alrededor.

Con solo salir a la calle, se chocaba con gente que carecía de todo: menesterosos que cruzaban la frontera en busca de pan y volvían cansados y sin ello.

Y si Luis hubiese cerrado los ojos en la calle, ya se encargaría el señor Lorenzo de traer los pobres a casa, a comer un poco de polenta o de arroz.

***Fraciscio.**
“De mayores
haremos así
la sopa para
los pobres”*



En más de una ocasión, los emigrantes, que por entonces abandonaban la ingrata tierra de Francisco para “hacer las Américas”, llevaban en sus alforjas un puñado de tierra del valle y una hogaza del horno de mamá María. Esta escena se le quedaría grabada para el resto de sus días.

En la casa de Luis había muchas bocas, pero en otras casas había las mismas bocas y menos despensa. ¡Estupenda catequesis!

Y si la polenta de la noche no era suficiente para causar sopor en los Guanella, ya se encargaba el padre de adormilarlos con el rezo del rosario cotidiano: más de una vez, Luis cerró sus ojillos en el tercer misterio, acunado por avemarías y cansado de hacer tantos panes en el horno caldeado de su fantasía.

Y más de una vez, un cariñoso pescozón de papá le devolvió a la realidad, ante los carraspeos divertidos de los hermanos. ■

III. Un viejo pide caramelos

Campodolcino.
Iglesia
parroquial y
monumento a
Luis Guanella.
Autor:
A. Vismara



Campodolcino.
“Luisito
llevaba
en las manos
un cucurucho
de caramelos”



Ninguno se las apañaba mejor que Luisito para rascar los bolsillos y obtener los diez céntimos que costaba su debilidad: un cucurucho de caramelos de menta.

Y aquí lo tenemos, a sus cinco años, en la fiesta del pueblo vecino, relamiendo sus caramelos en el día de San Juan Bautista. Cuando tocan terceras, a Luisito aún le queda medio cucurucho. A la iglesia, por otra parte, no se puede entrar con caramelos, ¡vaya dilema!

Pero mira por donde, Luisito ve un montón de leña:

- Allí esconderé mis caramelos hasta que termine la misa.

Luisito mira a todos los lados para no ser visto. Cuando se agacha para esconder los caramelos, alguien bate las palmas a su espalda. Sorprendido y colorado, se vuelve y: “Vi a un anciano que, con la mano tendida, me miraba a los ojos, implorando un caramelo”.

Sin embargo, Luisito, instintivamente, baja la vista, como negándose a ver la realidad, y esconde el cucurucho en su camisa; cuando la levanta, el anciano ya no está: “Sólo entonces sentí un remordimiento terrible, y el egoísmo de ese instante me pesa hasta el día de hoy”.

“Para mí, la visión reveladora de ese pobre viejecillo fue una premonición, como la señal que indica el camino que ha de seguirse.”

Cinco años más tarde, Luis recibe otro toque de atención. Era el día de su Primera Comunión.

“Después de recibir la Sagrada Forma, me sentí con el corazón lleno de alegría y con un deseo inmenso de recogerme y dar gracias a Dios. Arrodillado en lo alto de Gualdera, empecé a rezar y, poco a poco, una paz infinita inundó todo mi ser”.

Una voz interior le llama: “Luis, Luis, Luis...” y una luz suave le llena los ojos, y siente que la Virgen le susurra, de forma misteriosa, pero dulcísima, la misión para el futuro.



*Fraciscio.
Iglesia
de san Roque*

Luis, por pudor, hablará muy poco de esta llamada de Gualdera. Y, las raras veces que lo hace, dirá que fue “una visión suave, una dulce llamada”.

Lo que hoy podemos asegurar es que Luis interpretó estos dos episodios que hemos narrado como una invitación a entregar su vida a Dios y a los hermanos.

Y decidió hacerse sacerdote.

Claro que si sólo contásemos esto de Luisito, podríais pensar que era un santito. ¡Qué va, qué va!

- ¿Todo lo contrario?

- No, pero casi. ■

*Gualdera.
Grupo
escultórico
realizado por
U. Malinverno*



IV. El torrente Rabbiosa: amigo y cómplice



***Fraciscio.
El torrente
Rabbiosa***

El muchacho se las traía. A travieso y a trasto, pocos le ganaban en Fraciscio. Más de una aventura estuvo a punto de ser malaventura definitiva.

Y Lorenzo y María tuvieron que atarlo corto en más de una ocasión.

Lo que pasa es que nadie sabía conjugar, tan bien como él, la bondad y las travesuras.

Luisito se hacía querer porque siempre estaba dispuesto a cargar con el haz de heno de la viejecita o a cuidar a un mocoso mientras la madre lavaba la ropa en el arroyo.

Pero de travesuras, ¡uf!, ni se sabe.

Conocía todos los juegos arriesgados del valle. Le encantaba saltar el torrente Rabbiosa desde una roca a otra (algo de esta energía impetuosa se le pegaría).

Y más de una vez, la corriente le arrastró hasta dar de cabeza contra el molino. “¡Qué duende!”.

Un diablillo tal que, para leer más cómodamente en su cuarto, no se le ocurrió otra cosa que descolgar el candil de la pared y acercarlo a la cabecera de la cama.

Y tan absorto estaba en la historieta de buenos y malos, que no se percató que la habitación estaba ardiendo.

Menos mal que papá Lorenzo vio las llamas, y todo el pueblo, a una, apagó el fuego en medio de ayes y lamentaciones: “Es que no deja títere con cabeza”, “no sale de una y ya está en otra”, “y luego parece que no rompe un plato cuando está en la iglesia”.

Otra vez, tuvo la genial idea de encerrar a su hermano pequeño en un pajar polvoriento del

que lo sacaron medio asfixiado. ¡Qué barbaridad!

Sin embargo, la reina de las travesuras estaba por suceder. Al pueblo llegaba el correo en una diligencia que hacía las delicias de toda la chiquillería.

Entre la chavalería se había puesto de moda subirse a los caballos cuando éstos iban a trote. Luis, que no se acobardaba, saltaba al caballo, y de uno pasaba al otro que era un gusto verlo. “Aquí estoy yo”, parecía decir, triunfante sobre el caballo.

Hasta que un día, Luisito pierde el equilibrio y termina entre las patas de los animales, rebozado de polvo y con más cardenales que un cónclave.

Los muchachos se acercan atemorizados y curiosos; las madres, lanzando gritos de dolor. El pequeño Luis parece como muerto, pero sólo parece, porque enseguida se levanta, se sacude el polvo y se aleja. ¿Pensando en otra correría más arriesgada? Sin duda. ■

V. El seminarista Guanella topa con las matemáticas

*Como.
Colegio Gallio*



Una tarde, cuando Luisito bajaba del prado con su haz de heno, vio aparecer a su padre con una sonrisa desacostumbrada: la de los días de auténtica dicha.

- Prepárate, Luisito, que vas al seminario de

Como. Hemos conseguido una beca en el colegio Gallio. ¿Te alegras?

A los pocos días, Luisito deja sus queridos valles por primera vez. Tiene doce años. Y su sueño infantil de ir al seminario para hacerse cura está a punto de cumplirse.

A Luisito, la ciudad de Como debió parecerle la reunión de las siete maravillas de la antigüedad clásica. Se quedaba boquiabierto ante una iglesia, una calle, una fuente o un comercio. Y los alumnos de la capital se daban con el codo ante los múltiples “oh” del típico pardillo.

Sin embargo, Luisito echaba de menos el fuego del atardecer, los abetos, el torrente Rabbiosa, las nieves, las correrías con los amigos, los achuchones de los hermanos... Y además, qué diferencia entre el calor de la familia y la helada disciplina del colegio. Nos lo cuenta Luis: “Cuando al acostarme la primera noche, no oí la dulce voz de mi madre,

se me encogió el corazón. Comprendí que al pajarillo del valle lo habían metido en una jaula. Qué duro me resultó habituarme a una disciplina severa y, a veces, amenazante”.

La nostalgia, no obstante, no pudo nunca con esa voluntad férrea que lo había caracterizado desde muchacho. Se puso a estudiar con una aplicación increíble. Se le daban muy bien las lenguas, pero las matemáticas se le negaban. Quizás era un presentimiento. Años más tarde, cuando fundara casas y más casas, tampoco le cuadrarían las cuentas. Y es que Luis, muy probablemente, había intuido que lo que se parte y comparte no necesariamente disminuye.

El profesor de latín le sugería al de matemáticas: “Anda, aprueba al Guanella con un cinco; total, va a ser cura”.

Permaneció en este colegio hasta 1859. En ese año, Garibaldi intentaba la unificación de Italia, y, a la sazón, estaba librando batallas en Como contra los austriacos. El colegio compartía la animación y el entusiasmo por las campañas garibaldinas. Un buen día, el prestigioso colegio Gallio transformó sus aulas en salas de hospital para los soldados.

Luis tuvo que volver a su pueblo con el corazón decepcionado.

Fue por poco tiempo. Quizás por aquello de que Dios escribe derecho sobre renglones torcidos. Volvió a liar el hato y a desandar el camino hasta Como. El seminario San Abundio le esperaba.

Eran años calientes en el Norte de Italia. Los ánimos de los septentrionales, nada dados a la exaltación o al acaloramiento, se encendieron por entonces, y hasta el seminario participaba



*Como.
San Abundio,
el seminario
donde Luis
realizó
sus estudios
de filosofía*

de este ardor colectivo. Muchos seminaristas cambiaron la sotana por el uniforme militar y, abandonando el rosario y los textos latinos, empuñaron las armas contra los austriacos.

Por otra parte, una ola de anticlericalismo crecía lenta, pero inexorablemente. Un laicismo radical, parte negativa, sin duda, de los movimientos revolucionarios del momento, iba haciendo mella en políticos y en gente de a pie.

En estos años calientes, marcados por las guerrillas de los italianos y por un anticlericalismo emergente, se iba formando el carácter del seminarista Luis Guanella que, ahora, estudiaba con ahínco Filosofía y Teología. Y él, curioso por naturaleza, todo lo quería saber, todo conocer. Su lema era “estudiar, estudiar, estudiar”.

Tampoco era una rata de biblioteca, enfrascado en su torre de marfil. El sufrimiento también estaba en el seminario. Un compañero suyo contrajo una enfermedad contagiosa que le llevaría a la muerte. Luis, desoyendo recomendaciones de prudencia, hizo de enfermero, prodigándole mil cuidados.

(No está de más decir que en las primeras Constituciones que don Guanella presentó ante la Santa Sede, añadió -a los consabidos votos de

pobreza, castidad y obediencia- un cuarto voto de asistencia a los enfermos contagiosos).

De momento, los ensayos para la representación real acababan de empezar. ■

*Como.
Seminario
Mayor,
donde Luis
cursó teología*



VI. “Espada de fuego. Sal de la tierra”



*Como.
Capilla
de San Miguel
en el palacio
episcopal,
en la que Luis
se ordenó
sacerdote*

En 1866, la diócesis de Como estaba vacante. Las autoridades políticas no permitían la elección de un nuevo obispo. Por otra parte, monseñor Frascolla había sido alejado de su diócesis de Foggia y llevado, en calidad de prisionero, a Como. En el palacio episcopal de esta ciudad fue obligado a vivir como un detenido. Por estas circunstancias, Luis Guanella fue ordenado sacerdote por monseñor Frascolla de madrugada y sin ninguna solemnidad. La meta, tantas veces deseada, estaba conseguida. ¿O era más bien una meta volante?

Luis empezó su ministerio de manera humilde, casi a escondidas, y, en aquella jornada, escribió unas memorables palabras que serían su norte en los años venideros: “Quiero ser espada de fuego en el ministerio santo. Quiero ser sal de la tierra”. No una espada que, hiriendo,

*Luis
en los tiempos
de su primera
misa*



mata, sino una espada que, cauterizando las heridas, devuelve la salud. No la sal que destruye los campos y los hace estériles, sino la sal que da sabor a las comidas y conserva los alimentos. ¡Qué diferencia!

Luis Guanella es ya don Luis Guanella, según la costumbre italiana que reserva el “don” únicamente para los sacerdotes. Tiene 23 años.

El día del Corpus Christi, celebra su cantami-sa y, a la vez, inicia su apostolado en el pueblecito de Prosto.

Don Guanella quiere ser la espada de fuego. Conoce bien el ambiente y sabe cuáles son las necesidades. Cerca del 80 por 100 de la población es analfabeta. Los campesinos siguen labrando sus cuatro tierras de la forma más irracional.

*Prosto.
Iglesia
de la Asunción.
Aquí Luis
celebró su
primera misa*



En un santiamén, Luis organiza una escuela nocturna. Al principio, los alumnos son pocos y la ironía de la mayoría, mucha: “Que se meta en la sacristía”, “aquí nunca se ha leído y polenta no nos ha faltado”, “a la vejez, viruelas”. Sin embargo, los

primeros alumnos cuentan maravillas. En pocos meses, parecen maestrillos de pueblo que hablan sobre lo humano y lo divino y que leen, sin tropezones, la Biblia y la Gaceta Regional.

- Y, además, no sólo se aprende a leer.

- Claro, hombre -explica el cura-, ¿por qué no rotar los cultivos, por qué no canalizar el agua aquí y hacer una presa allá, por qué no sembrar hortalizas tempranas al abrigo de la ladera y al solano?

- Eso nunca se ha hecho -contestan los carcas.

- Pero se puede intentar -responden los adictos al nuevo sacerdote.

Y se hizo. Y, al final, todos se rindieron a la clarividencia de este cura-maestro-agrónomo.

Y entre pan y pan, este montañés, que de tonto no tenía un pelo, metía un rosario, una procesión, una misa, una novena. ¡Y todos tan contentos!

Y en cierto modo, esto era lo que más fastidiaba al señor Enrico, campesino y comecuras de toda la vida, que ahora iba de buenagana a la iglesia y “¡que encima me den lecciones de regadío!”.

Así empezó el ardiente Luis su sacerdocio: decidido a comerse el mundo con tal de socorrer a los necesitados y acercar a todos a Dios. ¡La sal de su valle!

*Prosto.
Palacio
del Hospital
(s. XVII).*



*Savogno.
La iglesia y
el murallón que
Luis construyó*



Y a Dios fue acercando, y sin perder tiempo, a unas cuantas jóvenes a las que encaminó a la vida consagrada. Cuando los anticlericales observaron que varias chicas habían dejado el pueblo para ingresar en diversas congregaciones religiosas, dieron la voz de alarma: “Si no paramos los pies a este cura, nos llena el valle de frailes y monjas”.

Era el principio de una oposición y de una enemistad que irían engrosando como bolas de nieve al descender por los Alpes. ■

VII. Un “inocente” le hizo comprender todo

Una tarde, don Luis se acercó a una de las casas más míseras del pueblo y descubrió, horrorizado, el cuerpo de un discapacitado que, arrinconado, le miraba con ojos implorantes y febriles.

Era el típico “tonto del pueblo”, al que los padres, como si fuese un castigo divino o una vergüenza, esconden.

Don Guanella sintió lástima. No esa pena que se contenta con la caricia y el caramelo, sino la auténtica piedad activa que busca el remedio ante la necesidad.

A los dos días, don Luis llevó consigo al muchacho para instalarle en una casa de Benito Cottolengo, en esa ‘ciudad de los miserables’ que este sacerdote italiano había fundado en Turín.

En esa misma ciudad, Luis pudo conocer el bien que otro sacerdote hacía: era don Bosco, fundador de las escuelas salesianas. Las ma-

*San Juan Bosco.
Luis pasó tres años a su lado en Turín (1875-1878)*



ravillas de estos dos hombres impresionaron muchísimo al joven cura.

La visión del discapacitado, que para tantos era el “tonto del pueblo”, le había ayudado a comprender cuál era su misión. Ahora lo veía claro: tenía que dedicarse a los pobres: a los pobres de inteligencia, de cultura, de belleza, de fuerza; a estos pobres a los que la gente no respondía siquiera con un “Dios te ampare”, sino con una patada y una carcajada.

El contacto con las obras del Cottolengo y de don Bosco le había indicado el camino. Don Guanella se sentía en la obligación de crear algo para los pobres.

*Turín.
La iglesia
de María
Auxiliadora*



Algo tenía que fundar: “Yo me decía: cuánto bien podría hacer en mi comarca, cuántas obras como las de Turín serían necesarias en este valle dejado de la mano de Dios”.

Mientras tanto, la enemistad hacia el Guanella se iba agrandando. La fama, mejor dicho la infamia, de este cura iba creciendo por todo el valle. Cura peligroso y cura loco fueron apodosados por todos conocidos para referirse a don Luis.

Para unos, era un reaccionario que quería llenar el valle de frailes y monjas; para otros, era un politicastro que se metía a incordiar en los ayuntamientos; para el de más allá, un revolucionario que enseñaba a los parroquianos a mejorar su condición social; para sus compañeros, don Guanella era un presuntuoso que quería fundar no se sabía bien qué casas.

Y además, para colmo de males, se había metido a escritor. ¡*Mamma mia!*

- Sólo pretendo -se defendía Luis- explicar al pueblo llano la doctrina de Cristo y las enseñanzas de la Iglesia.

No todos lo veían así. Los anticlericales decían: “Son panfletos contra las ideas revolucionarias que consagraron el culto a la razón”. El clero añadía: “Pretende ser maestro de oración y enseñarnos cómo hay que creer”.

En 1874, el obispo de Como exhorta a sus sacerdotes a cuidar las vocaciones sacerdotales, empezando por los niños.

Don Guanella piensa: ¡Ésta es la mía! Se presenta ante el obispo y le comunica su intención de abrir una escuela donde, además de los saberes ordinarios, enseñar a los niños catequesis: “Será como un seminario en pequeño”.

El obispo, que tenía ya la mosca tras la oreja, se niega rotundamente a dar su aprobación.

- Déjeme, entonces, ir con don Bosco.

- Vaya, vaya, buen hombre, que yo le bendigo. ■

VIII. Algo se muere en el alma cuando se deja a un amigo

“**¿**Nos vamos a América? Esto fue lo primero que me dijo don Bosco cuando, una húmeda tarde de enero de 1875, llegué a su casa con la intención de quedarme con él durante algún tiempo”. Así recordaba don Guanella este encuentro.

Sólo pretendía conocer la obra y el espíritu de este hombre que obraba maravillas, y empujarle a construir algo en su valle; pero don Bosco, que cazaba al vuelo a las personas, quería retener a don Luis para siempre.

- Por lo menos, se quede tres años entre nosotros, don Guanella. Ayúdeme a salvar almas. No me abandone en la batalla, se lo ruego.

De esta forma, don Luis profesó en los salesianos. Le fue asignado el difícil campo de los jóvenes. Con ellos tenía 23 horas de paciencia y



*Turín.
Alumnos
del Oratorio
de Valdocco*

una de firmeza. Esta hora 24 le tocó a un joven impertinente que se entretenía en tirar bolas de nieve a los catequistas en la iglesia. Don Guanella no se anduvo con contemplaciones y lo puso de patitas en la calle.

Don Bosco invitaba e insinuaba, urgía y presionaba a don Luis para que se hiciese cargo de un colegio en Venezuela.

Don Guanella se encontraba entre la espada y la pared. Su cariño hacia don Bosco era mucho; pero una llamada interior le invitaba a seguir su propio camino.

-Mire, don Bosco, usted me ofrece el sol y la luna; pero yo nunca me perdonaría a mí mismo si no intentase construir una ‘choza’ en mi tierra para los necesitados.

A poner fin a este tira y afloja entre don Guanella y don Bosco, llegó una carta del obispo: “Don Luis, le ruego se dirija a Traona como coadjutor. Ayudará al arcipreste, gravemente enfermo”.

Don Guanella tuvo que decidirse:

- Lo siento, don Bosco, pero he de obedecer a mi obispo.

Ha pasado tres años aprendiendo en la escuela magistral de don Bosco, de este hombre que “era imán que atraía y palabra que iluminaba la mente”.

Sintió que se le rompía el alma al dejar a don Bosco: “No creo haber sufrido tanto el día de la muerte de mis padres”, y también escribirá: “Cuando a mis espaldas se cerró la puerta de la casa de los salesianos, me sentí como un perro sin amo. ¿Qué iba a ser de un perro miserable, solo y sin camino?”.

IX. Mejor es quitar las piedras del camino

Vista
de Traona



Al llegar a Traona, lo primero que don Guanella vio fue un convento en ruinas. Mejor dicho, en su imaginación no vio ruinas, sino un colegio hecho y derecho, con su capilla, sus aulas con encerado y todo. ¡Miel sobre hojuelas! Sin embargo, al entrar en la casa parroquial, la miel sobre hojuelas se trocó en pan negro y duro, cuando el arcipreste le soltó:

- Ya estoy recuperado. Puedo valerme yo solito.

- En ese caso, me marchó ahora mismo.

- Bueno, ya que le han mandado, quédese.

Ante estas dificultades, el recio montañés no se desanimó. Pronto organizó a los jóvenes para que se reuniesen y empezó las clases nocturnas de alfabetización.

El arcipreste no aguantaba estos métodos “modernos”. Todavía estaba enfermo, aunque

no lo suficiente para impedirle ir, un día sí y otro también, a la Prefectura a insinuar a las autoridades “las doctrinas sospechosas” del nuevo coadjutor.

Muy pronto, don Luis vio dos carabineros al fondo de la iglesia, y no precisamente para rendir honores. Lápiz en mano, apuntaban punto por punto los supuestos sermones subversivos.

Pero el arcipreste, al no conseguir desalentar a don Guanella, decidió retirarse y dejar el campo libre.

- Rápidos -exclamó don Luis-. Manos a la obra. ¡Levantemos el convento caído! Haremos un colegio donde acoger a los niños de los pueblos vecinos. ¡Venga, todos a una!

Decenas de chavales, llenos de alegría, llegaron de todo el valle. Don Guanella llamó a dos amigos sacerdotes para que lo ayudasen en esta misión.

- ¿Qué libro utilizaremos? -le preguntaron.

- El método preventivo.



*Traona.
La iglesia de
San Alejandro*



- ¿Qué editorial es ésa, don Luis?

- Es la editorial de la caridad.

- Se explique mejor, que nos tiene aturridos.

- ¿Qué método de éstos os parece mejor: el de la madre que, zapatilla en mano, pone a su hijo el trasero como un

*Traona.
La habitación
de Luis*

tomate porque se tropezó y rompió el cántaro en el camino, o el método de esa madre que quita los cantos del camino para que el pequeño no tropiece y llegue con el cántaro y con el agua a casa?

- Hombre, ¡qué cosas tiene! Mejor es quitar las piedras del camino.

- Pues ése es el método preventivo. Consiste en arropar y envolver a las personas con amor para alejar cualquier peligro de caída o de tropiezo, y así conducir las por el camino del bien.

Don Guanella quería que su método preventivo fuese la cartilla y la enciclopedia de su sistema educativo: “El arte de educar es, sobre todo, obra del corazón”. “Mejor es pecar por exceso de misericordia que por exceso de rigor y justicia. Y además este método preventivo se ha de dar hacia los iguales, hacia los superiores y hacia los inferiores”.

- O sea, que ahora van a ser los alumnos los que enseñan a los maestros.

- No, tampoco es eso. Los inferiores también tienen que amar a sus superiores para que éstos se curen en salud.



Traona.
*El viacrucis
que lleva
hasta el antiguo
convento de san
Francisco*

Valga un ejemplo: Un día, don Guanella se entera por terceros que dos jóvenes de su casa tienen intención de ir esa noche a ver un teatro, no precisamente edificante. Poco después don Guanella se encuentra con ellos:

- Os invito al bar esta noche.

- ¡Anda! ¿Qué santo es hoy? -responden los dos al unísono.

- Nada, que no sabía cómo salir fuera a cenar.

- ¡Qué bien! No se hable más.

Los tres se largan al bar y los jóvenes, animados por la cerveza, empiezan a contar sus recuerdos de adolescencia: que si los “copies”, que si los novillos... Los tres terminan riéndose a mandíbula batiente. El teatro picarón ha sido olvidado.

Otro en su lugar habría pensado: esta noche me acerco al teatro y, a la salida, les pillo “in fraganti”.

“El método preventivo -escribía don Guanella- es el de la caridad y el del amor. La disciplina consistirá en prevenir, no en castigar. Todo tiene que hacerse como si fuésemos una

inmensa familia, unida por los lazos del cariño y del amor.”

- ¿”In omnibus caritas”, que se diría en la lengua de Cicerón?

- Sí, eso es. “En todo, pon amor”, que traduciría un bachiller. Ahora bien, los carabineros nada sabían del método preventivo o método de la caridad. Y un buen día, en vez de lápiz, trajeron una orden: “Cierre definitivo del colegio”.

La fundación de don Guanella había acabado como el rosario de la aurora. Y el convento ruinoso volvía a ser un castillo en el aire.

Sin comerlo ni beberlo, don Guanella estaba en el ojo del huracán. Eso sí, había conseguido que anticlericales y clero estuviesen, por una vez, de acuerdo: “Don Guanella está loco y, además, es peligroso. Detenedlo”.

*Traona.
Antiguo
convento de
san Francisco,
donde Luis
intentó abrir
una escuela*



X. No todas las primaveras empiezan el 21 de marzo

Don Guanella sólo quería hacer el bien, un poco de bien. Sin embargo, comprobaba a cada paso las zancadillas y las pedradas. Empezaba a rumiar el sabor amargo del aislamiento, del vacío, de la soledad: “Me preguntaba: ¿seré yo el equivocado; estaré verdaderamente loco?”.

Empezaba a ser la oveja negra que todos huyen. ¿Y Dios? Dios no le había fallado nunca; pero ahora todo era tan raro.

Luis se acostaba pensando que quizás era mejor ser como todo el mundo, como tantos curas: misa, rosario y tertulia, por la tarde, con el médico, el secretario y el maestro, alrededor de un café humeante. Pero se levantaba queriendo hacer y hacer; siempre hacer algo por los demás. La visión del desvalido lo atormentaba.

Puede que algunos hubiesen decidido apoltronarse y echar barriga. Él no podía. No se había hecho sacerdote (espada de fuego) para eso. La necesidad de los que compartían con él la tierra ingrata del valle, lo consumía... Pero una buena mañana, le llegó una lacónica carta del señor obispo: “Próximo destino: Olmo”. Era el destierro.

Don Guanella había entrado en el saco de los que la justicia consideraba como “sospechosos” y, por lo tanto, merecía el confinamiento. Así se lo debieron de explicar al obispo.



La minúscula parroquia de Olmo está situada a más de 1.000 metros de altitud. Allí donde Cristo perdió el zapato. “Recogí mis cuatro libros y mi poca ropa y me encaminé a Olmo. En la subida se me hizo de noche, así que

*S. Giacomo
Filippo.
Luis Guanella
pasó la noche
al abrigo
de un murete
junto a la
iglesia*

me eché a dormir al abrigo de una murete. Cuando llegué al pueblo noté que los mayores me espiaban a través de las ventanas y que los cuatro muchachos corrían a esconderse”.

Olmo era un pueblo abandonado y aislado, y sus habitantes tenían, por entonces, fama de pocos amigos.

El pobre Luis, abatido y cansado, encontró ventanas entornadas y puertas que se cerraban a su paso.

Decidió ocupar su tiempo en el estudio y en la oración: “La esperanza cristiana está en la oración”. Y no obstante todo esto, el pensamiento no le dejaba en paz: “Mis compañeros están haciendo tanto bien por esos pagos de Dios y yo aquí, atado de pies y manos”.

No podía entender la decisión del obispo. Con todo y con eso, cuando supo que el ordinario estaba de visita en uno de los pueblos del valle, quiso acercarse para saludarlo y mostrarle su obediencia, como había prometido en el ya lejano día de su ordenación.

Esta decisión de humildad le puso de buen humor. He aquí el instante llegado. El obispo inicia la recepción a los sacerdotes de los alrededores. Todos esperan en fila su turno y, para todos, el obispo tiene una palabra amable, una sonrisa, una palmada. Es el turno de Luis, pero el secretario llama al siguiente, y así, sucesivamente, hasta que no queda más que él. Luis se inclina para besarle la mano y el obispo se la ofrece con frialdad protocolaria, y, con rostro severo, frío, autoritario, le suelta: “No puedo suspenderle, porque no hay motivos para ello, pero, si pudiera, lo haría ahora mismo”. Luis intenta explicarse. El secretario, cortante, anuncia: “La audiencia ha terminado”.

Cuando el obispo se aleja, don Luis tiene los ojos arrasados en lágrimas. No es la rabia, no es el castigo; es la incomprensión de ese castigo. Rehace el camino con la fatiga que da el sufrimiento que carece de explicación. Y don Guanella sube al confinamiento definitivo, a ese huerto de los olivos con un desgarrón sangrante.

Son los momentos más amargos de su vida. Los días de la prueba. La noche oscura.

Precisamente ahora, que es un abandonado y un castigado, experimenta y siente la paternidad de Dios: “Dios ha creado al hombre para cuidarlo como a un hijo”.

*Olmo.
“A don
Guanella
le esperaba
el destierro
de Olmo”*



Aquí madurará como un fruto en verano, pero no por el calor de los hombres, sino gracias al calor de Dios.

Don Guanella se abandona en las manos de Dios como, cuando niño, saltaba al cuello de papá Lorenzo tras un día de duro pastoreo. “Rezar y padecer, rezar y padecer, rezar y padecer”. Se lo repite a cada instante. Y así pasan algunos meses.

“Rezar y padecer”. Sí, a lo más oscuro, amanece.

Y no todas las primaveras empiezan el 21 de marzo.

Y la noche nunca es definitiva...

El obispo le llama un día: ¿consciente de su propio error?, ¿consciente de la trampa que le han tendido?

Ahora le envía a Pianello Lario. Y es más: en un tono misterioso, le dice que ‘allá podrás cumplir tus deseos’.



XI. La culpa fue de la ensalada

Alguien ha escrito que, en la vida de don Guanella, este episodio de la ensalada es muy importante. Veamos.

Cuando Luis llegó a Pianello Lario, acababa de morir, entre la admiración general, el sacerdote don Coppini. Este buen cura había reunido, junto a sí, a un grupo de jóvenes que llevaba una vida consagrada al servicio de los necesitados.

Don Coppini, a la hora de la muerte y ante la desolación de las religiosas, había exclamado: “Vendrá otro que hará por vosotras mucho más que yo”.

En Pianello, sin embargo, se armó la de Dios es Cristo cuando se supo que el sucesor del llorado Coppini sería el tal Guanella, el cura loco, el cura peligroso, la oveja negra del obispo, el desterrado, el cura de Olmo, que era decir todo.

Estas habladurías pasaban del lavadero a la cantina y de ésta a la casa fundada por el antiguo párroco.

Marcelina Bosatta, la superiora, anunció a su comunidad: “Cuidado, por tanto, con el curita que se avecina”.

Y a raya le mantuvieron a nuestro buen hombre, hasta que un día, sor Marcelina se encontró en la casa parroquial ante don Guanella, y éste, ante un plato de ensalada. Nos lo cuenta Marcelina:

*Pianello
del Lario.
La cocina
donde Luis
comía
su ensalada
sin aliñar*



“Llevábamos tiempo prevenidas contra Luis Guanella, y lo que me determinó a confiar en él fue el hecho de asistir a una extraña cena... Don Luis volvía en ayunas de un largo viaje y en la mesa le esperaba un plato de lechuga sin aliñar y, al lado, las vinagreras. Se fue comiendo toda la lechuga sin arreglar, agarrando las hojas con los dedos. La pobreza extrema y la sencillez de ese gesto me hicieron recapacitar. Al día siguiente, comenté a mis hermanas que un cura que come con los dedos la lechuga sin aliñar era, más bien, un cura inofensivo.”

Las cosas empezaron a tomar otro rumbo. Con el tiempo, don Guanella se convierte en el guía espiritual de este grupo de jovencitas, que querían servir a Dios con todo su corazón, pero que no sabían muy bien cómo, ni dónde.

Atrás quedaban las horas de las tinieblas, los años de la incomprensión. En Pianello, para don Guanella, empieza a alborear o, como él solía decir: “Había sonado la hora de la misericordia”.

Y a su pequeña casa iban llegando huérfanos, indigentes, discapacitados. Las religiosas empezaban a vivir momentos de heroísmo, y don Guanella trataba de animarlas: “El camino que hemos escogido es el mejor. No hay otro. Y aún esto es el principio”.

Sí, el principio, porque ya estaba pensando en la ciudad de Como, donde las necesidades eran mayores y los pobres crecían como hongos.

Don Guanella ya llevaba en su piel los signos inequívocos del fundador: confianza plena en Dios y en la misión encomendada; entrega total a la obra, que constituye un ejemplo para los seguidores; personalidad que seduce y arrastra a la imitación. Las monjas decidieron seguirlo. ¿Y quién no?

Cuando, un buen día, las religiosas, haciéndole corro, le preguntaron: ¿Y cómo nos llamaremos?

Don Guanella no tuvo que cavilar mucho:

- Sois las Hijas de la Providencia.
- Provi... ¿qué?



Pianello del Lario. El hospicio de Camlago, fundado por don Carlos Coppini

XII. Una barquichuela cruza el lago

*Como.
La barquichuela
arribó a Como
desde Pianello
del Lario
un 6 de abril
de 1866.
Bajorrelieve de
A. Vismara.*



En las casas guanelianas, no es difícil ver dibujos, grabados o pequeñas reproducciones de las barcas que cruzaban el lago de Como a finales del siglo XIX. Y es que para los guanelianos, la barquichuela de madera es todo un símbolo.

Don Guanella empieza verdaderamente su labor de fundador con este viaje desde Pianello a Como, a través del lago.

La tarde del 5 de abril de 1886, dos hermanas con cuatro huérfanas subieron a una barca para iniciar en Como la primera fundación.

Al amanecer del día siguiente, llegaron al embarcadero de la ciudad, tras una larga noche en que la barquichuela avanzaba más a fuerza de avemarías que de remos.

Don Guanella nos describe así los enseres que traían las hermanas: “Una mesa con una pata de

menos, unas sillas en las que la paja brillaba por su ausencia, y unas camas en las que se podía dormir, gracias a un consumado equilibrio”.

El nuevo fundador, con la impaciencia del que espera el primer hijo, aguardaba la llegada de todos sus tesoros. Luis tenía 44 años y el corazón a punto.

Acompañó a sus monjas a una pequeña casa que había comprado anteriormente en la actual calle de Tommaso Grossi. El precio de la compra: 14.000 liras. Don Guanella no tenía un céntimo.

- Mañana se las pago -le dijo al dueño.
- O me trae las 14.000 liras o no hay contrato
- respondió el propietario.
- No se preocupe. Dios es hombre de palabra.

Luis volvió a tantearse los bolsillos, pero que si quieres...

En ese instante, se presentó un matrimonio.

- Quisiéramos hacerle un regalo. Tenga 15.000 liras, por si las necesita.

Era el primer juego de la Divina Providencia. Luego, vendrían más. “Dios es un hombre de palabra”.

El sacrificio de estos primeros momentos debió de ser mucho. Don Guanella, con su sentido del humor, solía decir: “Las casas se irán levantando con cuatro tipos de ladrillos que resumo en cuatro efes: *fame, freddo, fumo y fastidi* (hambre, frío, humo y disgustos)”.

El camino a seguir no era precisamente de rosas y, sin embargo, ese imán llamado Guanella atraería muy pronto a los primeros sacerdotes.

*Pedro Morelli,
el barquero que
llevó
al pequeño
grupo hasta
Como*



- ¿Cómo nos llamaremos?

Don Guanella no se lo pensó dos veces:

- “Siervos de la Caridad”. Sí, sí, ya lo habéis oído: criados, esclavos, pero del amor limpio y verdadero, el amor a Cristo y a su semejante, el pobre. Adelante, Siervo de la Caridad. Mira el ejemplo: ve por agua, tú también, arrodíllate y lava los pies al hermano.

Una tarde, recogidos sus primeros seguidores en la capilla, les dijo: “Es necesario que haya víctimas como Cristo fue víctima. Las víctimas nos ayudarán a levantar casas para los últimos de entre los pobres”.

Todos quedaron perplejos ante las terribles palabras de su guía. No tardarían en comprender.

Las primeras Hijas de Santa María de la Providencia (sor Clara Bosatta murió de tuberculosis, muy pronto) y los primeros Siervos de la Caridad se entregaron en cuerpo y alma, dejaron su piel y su pellejo en esta dedicación heroica que sirvió de reclamo para otras mujeres y otros hombres. ■



*Como.
Casa
de la Divina
Providencia,
la primera
fundación*

XIII. Érase una vez un reino de buonifigli



Como.
Iglesia
del Sagrado
Corazón,
a primeros
del siglo XX

Si tradujésemos literalmente este vocablo italiano, tendríamos que *buonifigli*, o en su singular *buonfiglio*, significa “buenos hijos”; pero en su acepción guaneliana, cambian las tornas. *Buonifigli* es una palabra propia del vocabulario guaneliano. Don Guanella la utilizaba y, aún hoy, se sigue empleando en sus casas para designar a los que a través del tiempo se les ha llamado subnormales, minusválidos, deficientes, disminuidos, discapacitados. Todas estas palabras tienen un sentido peyorativo, una carga negativa. En cambio, *buonifigli* es una palabra afectuosa, cariñosa para dirigirnos a estas personas diferentes. Algo así como los “inocentes” del vocabulario rural castellano.



Buonifigli tiene una fuerte carga teológica y hunde sus raíces en la expresión evangélica ‘*filius dilectus*’ (hijo preferido). Estos seres cargados de inocencia y de misterio son los preferidos de Dios. ¿También para nosotros?

Ya sabemos quiénes son los *buonifigli*; pues bien, don Guanella ha creado un Reino de *Buonifigli*, donde ellos son los reyes y señores, y el propio Luis y sus seguidores son (o por lo menos lo intentan) los criados de la corte y, algunas veces, los bufones que entretienen.

Un día, se acerca una autoridad local para hablar con don Luis.

- Quiero ser recibido por don Luis.

- No puede ser -contesta un sacerdote-, está ocupado. Está jugando a las cartas con un *buonfiglio*.

- Pues que lo deje. Total, para lo que entienden los tontos.

- Pero es que se da la circunstancia, señoría, que en esta casa los que mandan son los *buonifigli*.

- ¡Hay gustos que merecen palos! -se aleja bufando su señoría.

Para don Luis, los *buonifigli* son como los diamantes recubiertos de una capa de carbón impuro; si se sopla un poco, aparece la belleza.

Se dice que la nuestra es la civilización del culto al cuerpo. Y es cierto, aunque caben las precisiones.

Se trata de un culto al cuerpo hermoso, vigoroso y bello. Fuerte y ágil.

Un cuerpo para ser exhibido a la admiración; un cuerpo-percha de ropas, perfumes y joyas.

No se trata, ni mucho menos, de un culto al cuerpo del deforme, del tetrapléjico, del cojo, del ciego, del babeante y del balbuciente.

Se necesita mucho valor y mucha, muchísima fe, para reconocer en ese cuerpo, ausencia de belleza, inteligencia y de fuerza, el diamante o la perla.

Una vez, un sacerdote guaneliano me comentaba:

- Para nosotros, los *buonifigli* son obras maestras de Dios.

Ante mi asombro continuó:

- Los *buonifigli* son como esas estatuas de la antigüedad, por ejemplo, la Victoria de Samotracia o la Venus de Milo, en el Louvre. No tienen brazos, están partidas en decenas de trozos, tienen heridas, rasguños y, sin embargo, a nadie se le ocurre pensar que estas dos obras no son obras maestras.

Más claro, el agua. Con fe, se sobrentiende.

Érase, por lo tanto, un Reino de *Buonifigli*.

Érase y es. ■

XIV. Un menú de cinco tenedores

*Casa Divina
Providencia.
Sección
de ancianos,
en los primeros
años del s. XX*



Ya hemos indicado que esta primera casa de don Luis era conocida en la ciudad entera como ‘El Arca de Noé’. Don Guanella quería salvar a todos; no excluir a ninguno.

En esa Arca cabía todo el “desecho” humano, todos los que no tenían cabida en ningún lugar. ¿Los marginados de los marginados, el submundo del submundo? Sí, y muchas veces.

Un día, las monjas de un asilo se quejan:

- Don Luis, al asilo no nos llegan más que ancianos desahuciados y agonizantes. Los familiares los traen para evitar los últimos cuidados y ahorrarse la tarea del entierro.

- Debéis estar contentas, hermanas. Nuestro pequeño mérito está en recoger lo que ya nadie quiere. ¡Qué suerte tenéis!

Discapacitados intelectuales y físicos, niños abandonados, ancianos sin hogar, pobres de solemnidad, vagabundos, emigrantes...

- Ya no hay camas para todos -le decía una hermana.

- Pues ahí está el colchón de mi habitación -respondía Luis. Y esto más de dos y más de cuatro veces.

En sus casas, se celebraba, a diario, un banquete nupcial al que ningún bienpensante o bienhaciente acudiría. La orden del fundador era ésta: “No basta con acoger a los pobres, hay que ir en su busca. Es lo que está escrito en el Evangelio. No es una invención mía”.

- “Todos los desechos, desheredados, sufrientes, todos los que no sean acogidos ni por las obras de beneficencia del Estado, ni por los institutos religiosos de Caridad, son vuestros. Si no vienen a casa, buscadlos.”

¡Mamma mia!, qué programa.

En una biografía de don Guanella se ha escrito que nadie como él se pateó los caminos del



*Casa Divina
Providencia.
Sección
de Artesanos,
a primeros
del s. XX*

Cuarto Mundo para buscar a los pobres e invitarles a las bodas. Profeta y apóstol de un Cuarto Mundo que está rozando con el Primero, pero al que no llega ni una migaja de pan ni una brizna de ternura.

¿Y qué ofrecía este buen cura a los pobres? ¿Las cuatro “efes” (frío, hambre, humo y disgustos) como a sus seguidores? ¡Ni pensarlo! Recuerda que en el Palacio Guanella, los pobres son invitados regios, y los guanelianos y guanelianas son los criados que sirven el banquete.

¿Y en qué consiste el menú de este fabuloso y cuasicelestial banquete?

Don Guanella lo resumió admirablemente y lo puso en práctica durante toda su vida: Dad PAN Y SEÑOR en abundancia.

Y en estas dos palabras están comprendidas todas las necesidades del hombre: las materiales y las espirituales; el pan, pero también el cariño; el alfabeto, pero también el padrenuestro; toda la promoción humana y toda la promoción espiritual.

Para don Guanella, todo hombre es hijo de Dios (aunque hijo de la calle y desecho humano) y, por lo tanto, todo hombre debe ser tratado como tal, ayudándole a alcanzar la estatura humana a la que ha sido llamado y la dignidad verdadera de Dios, su semejante.

Como ves, un menú completo, de cinco tenedores: el pan del horno y el pan del sagrario; el paraíso de los ángeles al que llegaremos y el edén recreado que hay que ofrecer a los que provienen de los sótanos de la humanidad.

Pan y paraíso. Pan y Señor. ¡Ahí es nada! ■

XV. Una levadura llamada Providencia

Que la levadura hace crecer la masa, lo sabe todo el mundo. Que la levadura “Providencia” hace crecer la masa más y mejor, lo sabía bien, y por experiencia, don Guanella. Parece un anuncio publicitario.



“Dios ha creado el mundo y, con su Providencia, lo mantiene. La Providencia significa que Dios prevé las necesidades del hombre y provee para resolver esas necesidades.”

Confiaba totalmente en la Providencia divina: “No, no soy yo quien actúa: es Dios quien lo hace todo. Estas son obras tuyas; por lo tanto, Él proveerá para que no nos falte lo necesario”.

Claro que esta Providencia no es un arte de magia. Para que se cumpla necesita que el hombre ponga todo de su parte y que tenga una confianza ilimitada en Dios: “Vosotros id a buscar a los pobres, que Dios se encargará de llenar los platos de la mesa”. Si cada hijo nace con un pan bajo el brazo, cada pobre que se acoge en Casa Guanella, llega con una hogaza.

En una audiencia papal:

- Dígame, don Luis, ¿cómo puede dormir con tantas preocupaciones? -le preguntaba Pío X.

*Como.
Bernardo y
Sofia Calvi,
instrumentos
de la
Providencia
para
la adquisición
de la casa
Biffi de Como.
Bajorrelieve
de A. Vismara*

- Mire, Santidad, duermo a pierna suelta. Hasta medianoche me preocupo yo de todo; después, dejo que se preocupe Dios.

Bien dicho, Luis, que Dios también arrime el hombro... El que algo quiere, algo le cuesta.

Don Guanella con buen humor decía: “A veces me da la impresión de tener la Providencia en el bolsillo”. Pero, a renglón seguido y seriamente: “La Providencia de Dios falla por dos causas: la falta de oración y la falta de confianza”. Y con ironía exhortaba: “El administrador de una casa no debe ser hombre de ciencias, sino hombre de fe”. *¡Mamma mia!*

En las primeras fundaciones, faltaba de todo o de casi todo. Y, sin embargo, la vida de estas casas está llena de ejemplos de intervenciones -algunas bastantes inexplicables- de la Divina Providencia.

Sábado. Día de paga para los albañiles que levantan una nueva casa. El encargado se acerca a don Guanella:

- Dentro de tres horas, los obreros vendrán a cobrar y me huele que otra vez anda a verlas venir.



- En efecto -contesta Luis-, en este instante no me queda nada. Pero hay que tener fe.

- Lo que hay que tener es dinero para pagar.

Así estaban, cuando se abre la puerta. Un bienhechor se acerca y le entrega un sobre:

*Dios es un papá
que cuida
de sus hijos,
especialmente
de los más
débiles.
Presencia
guanelliana
en Asia
(Filipinas)*

“Tenga, por si lo necesita”.

- ¿Cuánto es su paga? -le pregunta Luis al encargado.

- En total, 590 liras -contesta el encargado, incrédulo.

- Tenga, que aún sobran diez.

Otro ejemplo:

La superiora se acerca hecha una fiera:

- No tenemos nada de comida para las huérfanas. Ni un grano de arroz, y ya es casi mediodía.

- Pero ¿tenéis agua? -pregunta don Guanella, ingenuo.

- Agua sí, padre. Lo que no tenemos es arroz.

- Pues ya tenéis la mitad de la comida. Tenga confianza.

Ni que decir tiene que la monja se alejó hecha un basilisco. A los cinco minutos, se acerca un carro y un mozo descarga un saco de arroz.

¿Entendéis, ahora, lo de la levadura “Providencia”? Don Guanella sólo contaba con Providencia y ésta era la levadura que hacía crecer la masa de sus seguidores, de sus casas, y el pan de sus asistidos.

El no inventó esta levadura, pero podemos decir que la patentó o, por lo menos, que la comercializó en sus casas: “Nuestra institución tomó el nombre de Providencia, porque sin ella no habría podido progresar y difundirse”.

Si Dios que, como sastre, confecciona los trajes a los lirios, como cocinero prepara los platos a los pajarillos, como arquitecto hace las madrigueras de los zorros, ¿qué no hará por nosotros, sus predilectos? ■

XVI. Dios es un Padre más bueno que el pan



*Dios,
Padre bueno,
nunca te
abandona.
Centro Villa
San José
de Palencia
(España)*

ALuis Guanella no le fue difícil hacerse una idea personal de Dios. Razonaba así: “Si mi padre, el buen señor Lorenzo, trabajaba sin descanso para que no nos faltase la polenta cada noche; si perdonaba todas mis travesuras -y algunas fueron graves-; si me subía sobre sus hombros para llevarme a la fiesta del pueblo

vecino; si el castigo más gordo que me daba era un pescozón cuando me distraía durante el rosario; si todo esto era capaz de hacer mi padre de esta tierra, ¿Qué no hará por mí, y por todos nosotros, nuestro Dios que es clemente y misericordioso?

“Dios es Padre, Dios es Padre”, repetía una y mil veces a quien quisiera oírle. “Dios, definitivamente, es un padre más bueno que el pan; un papá que se ocupa y preocupa por sus hijos y, especialmente, por los más desvalidos, por los menos fuertes, por los enfermos”.

Este tema de Dios como Padre es de bastante actualidad; pero no olvidemos que don Guanella repetía estas ideas a finales del XIX y principios del XX.

Por entonces, la noción que la gente tenía de Dios no era precisamente la de un papá cariñoso, es más...

Equivocadamente, se habían cargado las tintas en ese Dios de los ejércitos que lo mismo ahoga egipcios que mata filisteos. Un juez implacable que dicta sentencia aquí y ahora. El Dioscastigasinvara.

Por otra parte, se había eclipsado bastante la faz de un Dios que se rompe la cabeza para dar a Adán y Eva una casa en la que no falte detalle; un Dios que es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos en Belén; un Dios que todas las tardes sube al altozano para ver si el hijo díscolo vuelve a casa y, es más, lo espera, no con la vara entre las manos, sino con regalos y campanas al vuelo.

Por eso, hace un siglo, resultaba verdaderamente innovadora la idea de ver a Dios como un padre y como una madre: “Dios es como el pelícano que, no soportando ver sedientos a sus polluelos, se rasga las venas del pecho para que sacien su sed. Y él muere feliz, al dar la vida por sus crías”.

Dios es un padrazo y una madraza que cuida, acaricia, conduce, vigila..., y también, alguna vez, se le escapa un cachete, alguna vez aprieta, pero nunca ahoga.

Don Guanella escribirá: “Recuerdas que, de pequeño, al ver llegar a tu padre, gritabas

“papá, papá”, y le decías: ¿qué me has traído? Entonces, tu padre te cubría de besos y te llenaba las manos de caramelos”. Y añadía: “Esta es la imagen de Dios-Padre, y tú, ¿no querrás ser un niño confiado y cariñoso?”.

Don Guanella quería que sus hijos e hijas tuviesen la espiritualidad de Marta y María. Al cincuenta por ciento. “Hay que rezar y hay que hacer. Contemplar a Dios, sin embobarse. Ayudar al necesitado, sabiendo que es Él quien lo hace todo”.

Cariñosamente, solía llamar a sus seguidores “asinelli” (borriquillos) de la caridad. Y a sus monjas “martorelle” (sencillas y sacrificadas) y les decía que tenían que ser “sacos de padre-nuestros”. ■

XVII. Inquieto, andariego y emprendedor



*Lora.
Luis en
conversación
con los
telegrafistas
llegados
a Como para
el centenario
de la invención
de la pila
por parte de
Alejandro Volta*

“Un Siervo de la Caridad y una Hija de Santa Maria de la Providencia no pueden decir basta.”

Como buen montañés, estaba acostumbrado a caminar y, si era por caminos pedregosos, mejor que mejor. Había heredado el cuerpo robusto de los montañeses norteños y unos ojos pequeños, escrutadores y cautivadores que te paralizaban e imantaban, a mitad de camino entre la energía y la dulzura.

De su infancia de correrías, aventuras y descubrimientos le había quedado un sentido de curiosidad por todas las cosas; nada le era ajeno, todo lo quería saber y todo conocer.

Tenía algo de pedagogo, agrónomo, botánico, científico, poeta. Hombre de fantasía y de imaginación. En todos los campos tenía amigos: fundadores, como don Bosco o don Orio-



*Amplia
extensión
pantanosas
del Pian de
Spagna, boni-
ficada por Luis
Guanella
a principios
del siglo XXI*

ne; científicos, como Agostino Gemelli; y hasta poetas, como el inmortal Carducci. Pío X le llamaba “El Garibaldi de la Caridad”, porque a todos

quería conquistar y a todos quería introducir en esa Arca de Salvación de la Caridad.

Suya fue la iniciativa de erigir un monumento al científico católico Alejandro Volta (inventor de la pila eléctrica). La obra se realizaría muchos años más tarde. Don Guanella, eso sí, recibiría en su casa a los científicos que, de medio mundo, habían llegado a Como para el homenaje internacional a Volta. En sus años jóvenes demostró ser un factótum: lo mismo ayudaba a restaurar la basílica de San Abundio que contaba un cuento de gigantes y de castillos, en una guardería que había organizado en su pueblo natal.

Como buen naturalista, había aprendido las cualidades benéficas de muchas plantas medicinales. Él mismo las recogía, preparaba y distribuía entre los enfermos.

Había que recorrer caminos y más caminos. Las botas de montañero duraban mucho y, si no, para eso estaban las suelas. Nada se le ponía por delante. Hombre de rompe y rasga. Valga un ejemplo.

Olonio, en el Norte de Italia, era una amplia zona pantanosa, malsana, palúdica, intransitable e incultivable. Allí, la vida era imposible. Nadie se acercaba. Bueno, tanto como nadie...

Una mañana, muy de mañana, Luis y un grupo de ‘buonifigli’ bajan de un carro con picos y palas.

El cura-agrónomo piensa que esa tierra inhóspita puede ser habitable. Pronto, los bocazas de turno se enteran: “Ja, ja, ja, lo que no han conseguido ingenieros, arquitectos y técnicos, lo quiere hacer un cura con cuatro imbéciles”.

- Todo se andará -responde don Guanella-. La fe también ayuda.

La tierra se allana, se levantan los terrenos, se trazan caminos, se drena la zona más pantanosa, se plantan árboles, se eliminan los mosquitos. Los *buonifigli* se sienten útiles. Ven que algo nuevo y hermoso está surgiendo allá donde no había más que charcos e insectos. Y todo realizado con alegría y cánticos. Don Guanella edificará un centro para *buonifigli* y, a su alrededor, surgirá un floreciente pueblo: Nuevo Olonio.

Meses después, en la entrega anual de premios en el Ministerio de Agricultura, por primera vez ningún perito agrónomo sube al estrado. Un cura y un *buonfiglio* recogerán el galardón. Lo nunca visto. ■



*Nuova Olonio,
Casa Nuestra
Señora
del Trabajo*

XVIII. *Vuestra patria es el mundo entero*



*Centro
guanelliano
de Chapas
(Guatemala)*

Lo dije muchas veces: “Vuestra patria es el mundo entero”. La obra de don Guanella crecía y crecía. No contaba aún con el beneplácito de todos, pero sí con el de muchos.

Algunos eran aún hostiles a esta institución. Grupos anticlericales y politizados la emprendieron un día a pedradas contra la casa de Como. Y no debió de parecerles suficiente, porque continuaban con sus serenatas de coplas amenazadoras.

La amenaza se cumplió la mañana de Todos los Santos de 1895. Un grupúsculo incontrolado prendió fuego al edificio, destruyendo varias secciones y obteniendo el resultado contrario al deseado: el pueblo de Como, ante este gesto de barbarie, se puso de parte del “cura loco” y se volcó en la reconstrucción.

En Como, y en sus alrededores, habían surgido aquí y allá varias fundaciones. Sin embargo, la cabeza y el corazón de don Guanella se habían fijado nuevas metas. Ya tenía claro que las siguientes etapas serían Milán, Roma y América.

- ¿Cuándo?

Apenas la Providencia indique las circunstancias favorables. Veamos.

Milán



*Milán.
Casa de san
Ambrosio
ad Nemos*

Capital económica de Italia. Años de la industrialización salvaje que producía pobres, como producía tornillos. Era también la capital de la alta burguesía, en la que don Guanella confiaba para financiar nuevas obras. Él había aprendido de Santa Teresa que “la mayor caridad que se puede hacer a los ricos es conseguir que den algo o mucho para los pobres”.

En 1890, los sueños de abrir casa propia en Milán se ven cumplidos. Se le presenta la ocasión de comprar la iglesia y el enorme convento de San Ambrosio ad Nemos.

- ¿Cuánto me pide por esto?

- Por ser vos quien sois, 110.000 liras, a plazos.

- Es una exageración, pero me lo quedo. Tenga 50 liras. Ya le iré pagando el resto.

El dueño acepta a regañadientes la insignificante suma de 50 liras, pensando, muy probablemente, que dentro de 100 años, el buen cura seguiría pagando letras.

A decir verdad, la obra en Milán había empezado unos meses antes, cuando estaban tanteando el terreno.

- Mire, don Guanella -le dice una monja-, nos han traído una niña huérfana y aún no tenemos cama para que duerma.

- Eso se arregla, hermana. Sacamos los cacharos del baúl y que duerma dentro. ¡Es una bendición de Dios tener pobres antes de tener casas donde acogerlos!

Roma

Capital espiritual del orbe. En 1903, le regalan unos terrenos en los alrededores de la Ciudad Eterna para construir una granja donde rehabilitar buonfigli. Don Guanella no se lo

piensa dos veces y, poco después, con un grupo de sacerdotes y monjas llega a Roma.

A los pocos días, Pío X le recibía en audiencia, con una palmadita en la espalda:

- ¿No querrás, Luis, levantar una iglesia en algún barrio pobre de Roma?

- Santidad, cuando salga del Vaticano, me echo a la calle a buscar un solar.

Pasó el tiempo y, de nuevo, audiencia papal:

- ¿Qué tal las obras, don Luis?

*Roma.
Basilica
de San José
en el barrio
Trionfale*





He oído que una señora romana te ha regalado 50.000 liras.

- Eso venía a decir a su Santidad. Creo que el Vicario de Cristo no será menos que una señora romana.

Pío X se encontró sin escapatorias y tuvo que ser más generoso que de costumbre.

América

Luis era un mocoso aún, pero no olvidaría nunca la mañana en que sus tíos y primos dejaron el valle, los campos y, con un hato de ropa a la espalda y la llave de la casa en el pecho, se alejaron, entre lágrimas, para embarcarse hacia América. Era el hambre y la miseria la que hacía emigrantes, no la sed de aventura.

A finales de 1912, viejo y cansado, pero con el entusiasmo juvenil que da el aguijón misionero, Luis Guanella se embarcó para América. A

*Roma.
Colonia
Monte Mario*

*San Luis,
en los
Estados Unidos
(1912-1913)*



cuantos le despedían, les dijo: “Voy porque siento la llamada”.

Conoció de cerca el mundo de la emigración, especialmente, en Boston y Chicago.

Un grupo de emigrantes le recibió: “Mándenosen un sacerdote.

Aquí vivimos y morimos como bestias”.

Luis defendió con energía las tradiciones de los emigrantes: “No abandonéis vuestras tradiciones italianas, ni vuestra lengua, ni la fe de vuestros padres”.

Como, Milán, Roma, América..., los grandes saltos estaban dados. El charco había sido cruzado.

La hora de ensanchar las fronteras guanelianas había llegado: “Los pobres son pobres en cualquier nación. El mundo entero es vuestra patria”.

*Las primeras
monjas
guanelianas
que en 1913
llegaron
a Chicago
(USA)*



XIX. El cura samaritano



*Presencia
guanelliana
en África.
Centro
de Nnebukwu
(Nigeria)*

Don Guanella... ¿un Quijote visionario que ‘enderezaba entuertos y desface agravios’?, ¿un Garibaldi que, espada de fuego en mano, va conquistando corazones para el Reino?, ¿un Hamelín que, con la música de la caridad, arrastra a hombres y mujeres? Algo de todos ellos, pero mucho más. Él es...

Y tener trece años. Y estar en misa. Y el cura que lee: “...un herido en el camino..., pasa uno y da un rodeo..., pasa otro y se aleja..., por fin, un samaritano se acerca. Lo cura y lo cuida”. En su mente de adolescente, Luis debió pensar que el samaritano no era un habitante de Samaria, sino una especie de enfermero voluntario que se dedica a transitar los caminos para recoger a los heridos a los que nadie recoge.

Y tener trece años. Y alzar los ojos. Y pensar. Y decidir: “De mayor, quiero ser samaritano. Bueno, quiero ser también cura. ¿Se podrá ser cura y samaritano a la vez? Creo que sí. Seré un cura samaritano”.

Ya hay casas para buonifigli, residencias para ancianos, colegios para niños, internados para huérfanos, parroquias para emigrantes y arrabaleros.

Pero un guaneliano no puede decir “basta”.

Existen otras pobrezaas, porque no sólo de pan vive el hombre, ni el pájaro sólo de alpiste.

Muy cerca de su tierra natal está Suiza. La mayoría, protestante. Pero existen también las minorías.

Desde hace siglos, los pocos católicos de los valles suizos conservaban la fe como la mejor herencia de sus padres; aunque ningún sacerdote se había acercado a ellos. Y ¿no es ésta, acaso, una clase de pobreza?

Don Guanella agarra un cáliz y una patena, cruza la frontera y celebra la misa para esta minoría de católicos. Más tarde construirá dos parroquias.

Se ha acercado a todos: niños, jóvenes, adultos, ancianos. ¿Hay algo más?

- Me di cuenta de que para todo hombre, el momento definitivo de la vida es la propia muerte.

La agonía puede ir acompañada de la esperanza o de la desesperación. Poco se puede hacer, físicamente, por los que agonizan; cuánto espiritualmente. “Manos a la obra, entonces”.

Don Guanella lanza una campaña de oración por los agonizantes que es bien acogida.

Se convierte así, en defensor de las vidas que se han consumido por los demás y que, ahora, están pasando del crepúsculo a la noche. ¿No son, acaso, seres inútiles? No, en absoluto. Son personas útiles y necesarias a la sociedad, siempre que ésta no busque en ellos la agilidad de las piernas, sino la sabiduría que guarda la mente y la bondad que el alma atesora.

Instituye así la Pía Unión del Tránsito de San José, patrono de los agonizantes. Muy pronto, en todos los países católicos, millones de personas se unieron a esta permanente campaña de plegarias.

Los asociados se comprometen a rezar por los moribundos de cada día.

Causa desgarró aún asomarse a los libros de registro y leer los nombres de miles y miles de soldados que, durante las dos guerras mundiales, y desde todos los frentes, pedían inscribirse en esta Asociación. Desde Pío X, los papas son los afiliados número uno.



*“Al atardecer
el sol es más
hermoso.”
(Luis Guanella).
Altar mayor
de la Parroquia
del Tránsito
de San José en
Buenos Aires
(Argentina)*

¿No se podrá decir ya “basta”? No, eso nunca. Los heridos imprevistos aparecen en cualquier cuneta, y la labor de un samaritano... ■

XX. *¡Basta! La hora de la fiesta ha sonado*



- **D**on Luis, ¿cuándo se toma unos días de vacaciones?

- Ya descansaremos en el Paraíso.

Sin embargo, el tiempo del descanso se acerca. Las fuerzas, mermadas; el corazón, cansado. Don Guanella lo sabe.

Un día, se dirige a la monja del ropero con una bolsa:

- Hermana, aquí están los calcetines con los que recorrí los caminos de Tierra Santa, por los que Nuestro Señor anduvo tantas veces. Me gustaría que me los pusiesen de mortaja.

*“Ya tendremos tiempo para descansar en el cielo”
(Luis Guanella).
Centro de ancianos en Amozoc (México)*

Ya falta poco para el descanso y, no obstante, un último esfuerzo no le será ahorrado.

En enero de 1915, las fauces de la región italiana de Mársica se abren. Un pavoroso terremoto barre y a la vez se traga la ciudad de Avezzano.

Luis Guanella ordena que todas sus casas estén a disposición de los damnificados. No se conformará con eso.

Contra toda prudencia humana y, desafiando su precaria salud, se presenta en la ciudad castigada.

Luis llega en unas jornadas de tanto frío “que el vino se nos congelaba en el cáliz”. El espectáculo dantesco no paraliza al héroe, sino que le lanza a una fiebre de actividad insospechada: es su canto de cisne.

Meses después, don Guanella se apaga en Como, muy cerca del embarcadero en que había esperado aquella pobre barquilla.

Mientras tanto, los fragores de la Primera Guerra Mundial -la Gran Guerra- aumentan su dolor y sus plegarias.

En el Vaticano, el nuevo Papa, Benedicto XV, dice: “Se está muriendo un santo”.

Los periódicos escriben: “La Caridad pendiente de un hilo”. Los buonifigli balbucean: “Padre nuestro”. Ya ha llegado el momento.

Deja de trabajar. Basta, Luis, basta. A tu alrededor, todo es oración, lágrimas, sollozos entrecortados. Sólo tú no te derrumbas. Tus ojos ya están más allá: una barca tranquila se acerca sobre el zozobrante lago de la vida. Es la barca de la muerte.



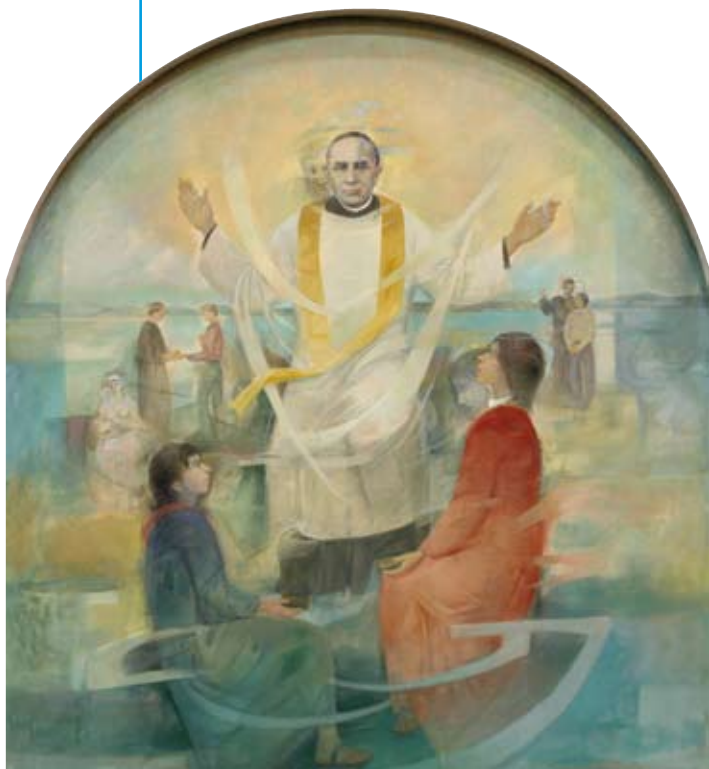
Y tú estás en el embarcadero, ligero de equipaje, con tus zapatos cansados de tantos pasos, con tus manos agrietadas de remover escombros del terremoto.

Ya se acerca la barca, y tú adelantas un pie para subir: “Quiero morir, quiero morir”. Son las dos de la tarde de un 24 de octubre de 1915. Sergio, un *buonfiglio* de la casa de Roma, deja bruscamente de jugar a las cartas y rompe a llorar. La luz ha entrado en ti.

En el horizonte está Dios, que, como un buen papá Lorenzo, te alzarás sobre sus hombros para llevarte a la fiesta. ■

*Como.
Octubre
de 1915.
Funerales por
Luis Guanella*

***XXI. Luis Guanella es “canonizado”
en un buonfiglio***



*Como.
La gloria
de san Luis.
Pintura
de M. Bogani,
en el Santuario
del Sagrado
Corazón*

Cincuenta años después de su muerte, la Santa Sede decide beatificar a Luis Guanella.

En la tarde, tarde de lluvia torrencial, del 25 de octubre de 1964, tiene lugar la ceremonia de beatificación.

Pablo VI, entre conmovido y rejuvenecido, mira con un ojo hacia la Gloria de Bernini, donde ya campea el tapiz con el rostro del nuevo beato, y, con el otro ojo, a los buonifigli que ocupan las primeras filas de San Pedro. El Papa pronuncia la célebre frase: “La obra de don Guanella es obra de Dios. Obra santa, por tanto”.

Ya el Papa se dirige a la sacristía. ¿Qué pasa? Cambia de rumbo. Se acerca a los buonifigli. Los abraza, los besa. Ellos lo zarandean de un sitio para otro, le tiran de la sotana, lo llaman con sus voces guturales. El Papa se siente feliz; los monseñores, asombrados. Alguien grita: “El Papa está llorando”. De nuevo el caos.

Sigue lloviendo torrencialmente; pero cuando los buonifigli, con sus torpes movimientos de sillas de ruedas y de muletas, se asoman a la plaza de San Pedro, la lluvia se inmoviliza como una imagen parada y, cuando éstos suben a los autocares, la lluvia continúa con terquedad inmisericorde. ¿Reverencia cortesana hacia los príncipes del Reino? Qué más da.

- ¿Y la canonización, cuándo, don Luis?

- Las cosas de palacio van despacio. No tiene importancia.

- Además, en cierto modo, me siento canonizado.

- ¿De veras? Cuenta, cuenta.

- Fue el 8 de diciembre de 1965...

- Sí. Ya sé lo que quieres decir. Lo recuerdo...

Ceremonia de clausura del Concilio Vaticano II. Nunca la columnata berniniana abrazó a tantos hombres y mujeres.

Obispos de toda la tierra, jefes espirituales de otras religiones, reyes, príncipes, jefes de estado y gente de toda condición, patria, altitud, credo, color, raza, lengua.

Mensaje de paz a todo el mundo.

El Concilio llega a su fin. Y los padres conciliares quieren enviar mensajes especiales a los artistas, a los pensadores, a los gobernantes, a las mujeres, a los jóvenes, a los que sufren, especialmente a los que sufren: “Porque con vuestro sufrimiento, vosotros redimís al mundo”; Pablo VI entrega este mensaje a un *buonfiglio* de don Guanella.

Y Felice sube, hasta la sede papal, con su ceguera, con su torpeza, con su discapacidad, con su sufrimiento auestas.

El Papa lo abraza y le susurra: “Os llevo en el corazón”. Una salva de aplausos rubrica el momento.

Felice se siente el hombre más dichoso de la tierra. Su dolor tiene un sentido, su sufrimiento es fecundo. La Iglesia universal lo reconoce.

Alguien, querido Luis, me contó que en ese instante dejaste de mirar a Dios (que en eso consiste la vida eterna) para mirar a Felice, y que le hiciste un guiño cómplice. “Sí, valió la pena” ■

Epílogo: más razón que un santo



El viento del Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere. La otra ‘canonización’, la que lleva el sello infalible de la Iglesia Católica y la firma del Santo Padre, la que atestigua y proclama que las virtudes vividas en heroicidad por Luis Guanella tienen valor universal y deben ser propuestas a los fieles de los cuatro rincones del mundo como modelo perenne y perpetuo... la canonización, decíamos, llega el 23 de octubre de 2011. Y es el resultado de un largo proceso que comenzó justo al día siguiente de la beatificación.

La canonización, aparte de otros muchos requisitos y trámites, requiere la constatación de un milagro obrado por intercesión del futuro santo.

*Como.
Tumba
de san Luis
Guanella,
en el Santuario
del Sagrado
Corazón*

El 15 de marzo de 2002, un joven de 21 años, William Glisson, está patinando en un parque de Springfield (USA). En el momento en que se desliza a gran velocidad, una curva le hace perder el equilibrio, y la caída le produce un fuerte traumatismo craneal.

En el hospital Crozer Keystone le dan por desahuciado y comunican a la familia que “no pasará de aquella noche”. Una amiga de la madre de William le entrega una reliquia del Beato Luis Guanella que la afligida mujer coloca en la muñeca del hijo en estado de coma.

Al mismo tiempo, el entorno guaneliano inicia una cadena de plegarias por el joven accidentado.

En las horas siguientes, dos intervenciones quirúrgicas desesperadas empeoran el cuadro clínico.

Pero, contra todo pronóstico y previsión, poco después, el joven va recobrando lentamente todas las facultades. Allegados y médicos creen que allí se ha obrado “un milagro”.

Se inicia el proceso largo y exhaustivo.

Testimonios, documentos, pruebas y miles de folios. Comisión científica. Comisión teológica. Comisión cardenalicia. Decreto Papal. Nueve años después, Benedicto XVI estampa su firma, ordena la inclusión de Luis Guanella en la interminable lista de los santos de la Iglesia Católica, y establece que su fiesta litúrgica se celebre el 24 de cada octubre.

Pero la canonización no es una meta.

Ni una medalla de oro para adornar el hábito ilustre de una orden religiosa.

Ni es tampoco esa ración de vanidad que tocó en suerte una mañana de domingo a las pequeñas congregaciones de los Siervos de la Caridad y de las Hijas de Santa María de la Providencia, y a cuantos se sienten parte de la Gran Familia Guaneliana.

La solemne celebración pontificia en el Vaticano, las letanías de los santos, el descubrimiento del tapiz con la imagen de San Luis Guanella..., todo ello no puede quedarse en un ramillete de fotografías para un día de gloria 'guaneliana'.

Aplausos, felicitaciones, abrazos, discursos y ritos. La canonización es una responsabilidad y una obligación.

Sería una imperdonable distracción aclamar a este hombre como santo, sentirnos orgullosos de su santidad y no desear imitarlo, ir a su zaga, tras sus huellas, ser heraldos, en medio de un mundo inhumano, de la buena noticia que este cura evidenció con todas sus fuerzas: Dios es *Padre* para todo hombre y para toda mujer, y al mismo tiempo, cada uno de nosotros puede ser padre y madre para los más necesitados -en nuestra sociedad, en nuestro tiempo y en nuestra cultura- de 'pan y de Señor'.

Luis Guanella. El montañés recio, el cura loco y peligroso, el padre de los *buonifigli*, el que experimentó en su particular noche oscura que Dios es un padre de verdad, el defensor sin fisuras y sin peros del Papa y de la Iglesia, el pedagogo afectuoso y previsor, el escritor ardiente, el infatigable luchador que hizo frente a las penurias sociales de su época con admirable

caridad creativa, el fundador de ‘chozas’ para los más pobres de su tierra y de la Tierra... tenía razón. Más razón que un santo. Él había vivido una existencia plena con pasión de apóstol y servicialidad de criado fiel. Y esto mismo podía ser vivido por muchos otros en otros siglos, en otras lenguas y en otras latitudes.

El místico que se eleva a Dios y el samaritano que se agacha para levantar al herido son uno y el mismo hombre. El que se siente devorado por el hambre de Dios es el mismo que alimenta a sus hermanos hambrientos.

Quizás la santidad es eso: una melodía equilibrada entre el amor a Dios y el amor a sus criaturas. ■

CLARA BOSATTA:
LA “MARTORELLA” DE DIOS



Luis Guanella solía llamar a sus monjas “martorelle”, palabra formada con una voz dialectal “martur” (ingenuo, sin malicia) y otro término italiano “martire” (mártir). En esta palabra cariñosa, “martorelle”, Luis Guanella resumía el programa de sus religiosas: mujeres sencillas, sin malicia y, también, dispuestas al sacrificio, a la entrega total, si necesaria.

En este sentido, sor Clara Bosatta fue la primera “martorella”. La que mejor se adhirió a este programa y también la primera víctima.

Sor Clara tuvo su cuna y su tumba en el pueblo norteño de Pianello Lario. Vivió sólo 29 años, desde 1858 a 1887, gastando su vida por amor.

Conoció a Luis Guanella después de haber sido rechazada en otra orden religiosa por “demasiado cerrada”. El encuentro entre estas dos almas fue altamente benéfico para ambos. Ella sólo quería entregarse a Dios, su Amado, en el más puro misticismo teresiano. Luis Guanella le enseñó que Dios estaba también en los humildes, en los pequeños. Ella contagió a Luis, su sed infinita de absoluto y su altísima espiritualidad.

Maestra, educadora, enfermera, directora... “Sor Clara era el ángel de la casa, la sonrisa que deshacía en un tris-tras el mal humor de los pasillos, un ángel de resignación que ofrecía a Dios los dolores de este valle de lágrimas” (Don Guanella en la primera biografía de esta mujer evangélica).

En la mañana del 21 de abril de 1991, Juan Pablo II beatifica a Sor Clara. Esta primera “martorella” sigue sonriendo por los pasillos del cielo.

ETAPAS DE UN “GIRO” DRAMATICO, PERO MAGNÍFICO.

ETAPAS DE RODAJE:

- Nace en Frascio, Norte de Italia (19 de diciembre de 1842).
- Alumno en el colegio Gallio de Como (1854-1859).
- Seminarista en Como (1860-1866).
- Ordenación sacerdotal (1866).

ETAPAS DE MONTAÑA:

- Actividad pastoral en Prosto y Savogno (1866-1875).
- Con Don Bosco en Turín (1875-1878).
- Coadjutor en Traona (1878-1881).
- Confinamiento en Olmo (1881).
- Continuador en Pianello Lario de la obra de don Coppini (1881-1885).

ETAPAS DE CONTRARRELOJ:

- Primera Fundación en Como (1886).
- Inicio de la obra en Milán (1890).
- Apertura de la primera iglesia católica en Val Bregaglia (Suiza), desde la Reforma Luterana (1900).
- Peregrinación a Tierra Santa (1902).
- Inicio de su obra en Roma (1903).
- Entre los emigrantes italianos en los EE.UU. (1912).
- Constituye la Pía Unión del Tránsito de San José (1913).
- Entre los damnificados del terremoto en Mársica (1915).

SUBIDA AL PÓDIUM:

- Muere en Como (24 de octubre de 1915).
- Beatificación en pleno Concilio (1964).
- Inicio de la obra en España (1965).
- Canonización (2011).

Índice

| | |
|--|----|
| Año 1892: en el principio era el caos..... | 7 |
| I. ¡Qué verde era mi valle! | 9 |
| II. Panes de barro; polenta de arena | 11 |
| III. Un viejo pide caramelos..... | 14 |
| IV. El torrente Rabbiosa: amigo y cómplice | 17 |
| V. El seminarista Guanella topa con las matemáticas. | 20 |
| VI. “Espada de fuego. Sal de la tierra” | 23 |
| VII. Un “inocente” le hizo comprender todo | 27 |
| VIII. Algo se muere en el alma cuando se deja a un amigo.... | 30 |
| IX. Mejor es quitar las piedras del camino | 32 |
| X. No todas las primaveras empiezan el 21 de marzo | 37 |
| XI. La culpa fue de la ensalada..... | 41 |
| XII. Una barquichuela cruza el lago | 44 |
| XIII. Érase una vez un reino de <i>buonifigli</i> | 47 |
| XIV. Un menú de cinco tenedores | 50 |
| XV. Una levadura llamada Providencia | 53 |
| XVI. Dios es un Padre más bueno que el pan..... | 56 |
| XVII. Inquieto, andariego y emprendedor | 59 |
| XVIII. Vuestra patria es el mundo entero | 62 |
| XIX. El cura samaritano | 67 |
| XX. ¡Basta! La hora de la fiesta ha sonado..... | 71 |
| XXI. Luis Guanella es “canonizado” en un <i>buonfiglio</i> | 74 |
| Epílogo: Más razón que un santo..... | 77 |

PARA MÁS INFORMACIÓN
SIERVOS DE LA CARIDAD
www.guanelliani.org
www.guanelianos.org
www.provinciacruzdelsur.org.ar

HIJAS DE SANTA MARÍA DE LA PROVIDENCIA
www.cgfsmp.org
www.casasantateresa.org

Se acabó de imprimir
en el mes de septiembre de 2011

Arti Grafiche Frattini
Viale Industria - Bernate Ticino (Milano)
tel. 02.9754454